

viado por Dios á su lado, se le habia ido tristemente, al irse aquella tierna y delicada niña. Mas Lutero no comprendió toda la intensidad de estas tristezas, hasta el instante en que una nueva prueba vino por su mal á entristecerle el corazon y á adolorarle la vida. Magdalena, segunda hija suya, dotada de sobresalientes cualidades, pía, inteligente, agradable, murió á los catorce años, cuando llenaba con su presencia toda la extension de aquel hogar y con su amor todo el corazon de sus padres. Imposible decir cómo agonizó Lutero en aquella larga y triste agonía; y cómo murió su corazon mismo encerrado en el yerto corazon de su hija. Los dolores nacen tambien de los grandes contrasentidos que existen así en la sociedad como en la naturaleza, y un padre no alcanza, no, á comprender, porqué ha de sobrevivir á los que ha engendrado para que le sucedieran y le heredaran. El corazon de Lutero se partia en pedazos; y sus facultades intelectuales se iban como sombras á la vista de aquella incomprensible catástrofe. Sin embargo, la fe cristiana se sobreponia en él á todo; y arrodillado al pié del lecho de su hija, siguiendo con la vista anhelante los estragos de la enfermedad, alzaba las manos al cielo y decia: «¡Oh Dios mio, la amo mucho, pero si es tu voluntad arrebatármela, regocijarme al saber que está cerca de tí, Dios mio! Magdalena, hija de mis entrañas, bien quisieras quedarte con tu padre de aquí bajo; pero si tu padre de allá arriba te llama, ¿no es verdad que te irás contenta?» Y como la niña le contestara que sí, apartándose del lecho, y cubriéndose la cara, sollozaba fuertemente y decia en frases entrecortadas por los sollozos: «¡Dios mio, cuán débil es nuestra carne!»

Entristece ver á estos grandes atletas, que han removido el mundo y que han cambiado la direccion del espíritu, en lucha con las necesidades de la vida. La posicion material de aquel Lutero, que embargaba el pensamiento de Alemania, estaba muy léjos de ser tranquila y holgada. Así tenia tal miedo de encontrarse alguna vez en la última miseria que se ejercitaba en un oficio manual, en el oficio de tornero, para estar seguro de proveer al sustento de sus hijos. Cuando concluía de tornear y de leer ó escribir, entregábase al cultivo de un jardin, donde ofrecia toda suerte de flores á sus comensales y amigos. Despues de este trabajo, dábase á cantar en coro salmos, cuya música componia con verdadera inspiracion. En la mesa gustaba mu-

cho de la conversacion alegre, varia, é ingeniosa, y no daba jamás á conocer los hábitos de silencio impuestos á su palabra por las reglas de su monasterio. Ayudábale á esta facilidad de conversacion su prodigiosa memoria. Sobrio en beber y comer, austero en sus costumbres, vivo en sus emociones, franco en su lenguaje, sencillo en su estilo, fogoso en sus combates, acerado en sus dardos, brutal en sus respuestas cuando se sentia herido, de una gran riqueza en sus ideas y de un esmalte sin igual en su estilo, encantaba á cuantos departian con él ó escuchaban su amena y deleitosa conversacion. Los domingos y fiestas de guardar, congregaba, si lo permitia el tiempo, á su familia, á sus criados, á sus amigos á la sombra de un peral en el jardin ó al abrigo de su despacho en la casa y les explicaba en tono familiar la palabra de Dios, llevándola hasta el fondo de las almas en aquellos apólogos tan parecidos por su sencillez y por su profundidad á los apólogos del Evangelio. Jamás caía en la ociosidad. Durante las comidas, y en las sobremesas, daba consejos y advertencias á los discípulos dedicados á la predicacion. En la mesa misma dictaba; y de esta suerte escribió su salmo vigésimo tercero y su libro sobre San Mateo: costumbre á la verdad anti-higiénica y por la cual se explican en parte sus acerbos dolores de estómago y sus continuas propensiones al vómito. Gustábale por extremo ir á la iglesia, y mas que predicar, atender y oír á los predicadores, de los cuales se hacia lenguas, cuando explicaban con verdadera ingenuidad la palabra evangélica sin curarse cosa de las preciosidades ó defectos del estilo. A pesar de haber suprimido la confesion como sacramento, sosteníala como consejo y como consuelo; é iba frecuentemente á lo que él llamaba la cena del Señor. Bajo la pesadumbre abrumadora de sus múltiples deberes dejaba siempre tiempo y espacio á los esparcimientos del ánimo y á las diversiones honestas. Bromeaba como pocos, y no se resentia, aunque se bromearan con él, siquier fuese pesadamente. Una noche, que cenaba en casa de respetable amigo con varios compañeros, quitaronle, cuando se levantó á hablar en los postres, la silla con sigilo; y al ir á sentarse, cayóse de espaldas, sin que se le ocurriera salida ninguna de malhumor, pues bien al contrario, dijo que su anfitrión guardaba su mejor plato para lo último. Si recibia cualquier mala nueva, en vez de afligirse y desesperarse, como suelen las complexiones apocadas, poníase á cantar cánticos de

regocijo, para combatir á lo que él llamaba en su habla pintoresca el demonio de la melancolía.

El día en que le comunicaron la excomunion del Papa, lo pasó en el jardín de su convento, dirigiendo alegres y piadosos coros. Su honradez ha pasado á proverbio en la historia. Mil veces creyeron sus enemigos que todo su celo podía contrastarse con oro y mil veces se estrellaron en su perfecta integridad. Todo el orgullo, que acusan sus escritos de polémica, desaparece completamente en sus actos privados. Toda la grosera maledicencia de sus disputas huye en su vida. No hablaba mal en la conversacion particular ni aun de aquellos á quienes heria mortalmente en los debates ruidosos. Su generosidad no tenia límites. Pobre, muy pobre, se empeñaba por dar limosna largamente á los pobres. Paseándose un día con el doctor Jonás, como este entregara cuanto llevaba en el bolsillo á un pordiosero, y dijera que Dios se lo devolveria, observóle Lutero cómo olvidaba que Dios se lo habia dado. Mil veces tuvo que llevar sus modestas alhajas á la usura, tan solo para repartir el producto de esta triste operacion financiera entre los necesitados, á quienes les habia nacido algun hijo. Y no solo daba limosnas, sino tambien consuelos. A una mujer, que decia dudar del Cristianismo, la obligaba dulcemente á rezar con reflexion el Credo. A un doctor, que se dolia de haber enconado ciertas polémicas, contestábale que el grano crece con la lluvia menuda y con la tormenta huracanada. A las dificultades teológicas, que le oponian los argumentadores, contestaba con exactitud y celeridad verdaderamente admirables. Sus amigos le querian como á un hermano y le veneraban como á un padre. Habiendo caido enfermo en uno de sus viajes Melanchton, púsose bueno en cuanto recibiera la visita del doctor que corrió desalado á fortalecerle y consolarle. Ocupábale una parte del día la oracion, por la cual creia forzar á Dios mismo y obligarle en su defensa; y ocupábale otra parte del día la cariñosa conversacion con los pequeñuelos, de quienes decia que le tornaban con sus conceptos inocentes al seno del Paraíso. Sostenia siempre que sus dos virtudes capitales eran la esperanza y la paciencia. Como le anunciaran por carta anónima que iban á matarle, respondió que se fiaba de aquel que á mayores peligros le habia sustraído. Cierta día, como se posara una diminuta y alegre avecilla en su ventana, dijo que, de esta misma suerte viviéramos nosotros

tan descuidados, tan alegres, vestidos y alimentados por el cielo, de no haber caido en la primera culpa. Quería que las mujeres ocuparan trono de reinas en los asuntos relativos al hogar; y sitio de esclavas en los asuntos públicos. Los honores del mundo no le tentaban; y aquel gran combatiente, que consumía la vida en debates de una extrema violencia, tornábase de continuo hácia el cielo y ponía en Dios su pensamiento y su vista. Hé ahí el hombre á quien hemos estudiado en las dos primeras partes de su vida; desde luego como penitente y monje, despues como revolucionario y reformador; estudiémosle ahora en la organizacion de su idea y en las dificultades de su victoria.